

BABIECA

Babieca es un semidiós.

Hubo un emperador romano que elevó un templo a su caballo y le acordó honores de senador.

El caballo de Calígula no lo merecía. No había hecho nada para merecer un templo. Babieca, sí lo merece. Yo pido que se eleve un templo a Babieca. Un templo al aire libre, un templo de cielo y sol, con mucha avena y cebada en vez de flores. En cuanto a los honores de senador, sería denigrar a Babieca.

El caballo del Cid es un semidiós. Un potro de nervios de acero y elástico, de nervios cantantes, de cola rebelde, de grandes narices olfateadoras y palpitanes como un corazón.

Cuando Babieca relincha, el viento se envanece, se hace épico y España se despierta más ágil que un ejército dormido al redoble del tambor.

El eco orgulloso transmite sus relinchos de verso en verso.

Yo por mi parte confieso que prefiero los relinchos de Babieca a todos los discursos célebres que conozco, y creo que ellos hicieron más efecto sobre España, tuvieron más influencia en su historia que las más lucidas locuciones oratorias. Babieca es el Demóstenes y el Cicerón de los caballos. Es algo superior a ese griego y a ese latino, porque tiene además mucho de Homero.

Babieca es un semidiós. Pastará sobre el Olimpo hasta el fin de los tiempos.

Era tal la idolatría española por el celeste potro que muchas recién paridas se presentaban al cura a preguntarle si podrían poner a sus hijos el nombre de Babieca.

Evidentemente los curas se negaban diciendo que no había San Babieca en el calendario.

Es un semidiós y un arquetipo. El caballo con más caballosidad que jamás se ha conocido. Su cuerpo es un cuerpo sano, robusto, sólido. Perfecto equilibrio de músculo y nervios. Sin grasas. Magníficas líneas de caballo, soberbias formas, sin la menor alusión a otro animal, ni a hombre, ni a mujer. Nada de híbrido en Babieca. Suprema realización del caballo. Es el caballo tipo.

Rica sangre, pechos potentes, paletas recias, ancas duras y adentro un temperamento impetuoso, lleno de dinamismo, cargado de pasión.

Suponed al Cid convertido en caballo por alguna hada musulmana; he ahí a Babieca. Como Babieca convertido en hombre habría sido el Cid.

De allí viene la comprensión de esos dos seres. La comprensión y la compenetración. Es el uno para el otro; por eso ambos se aman con locura; Babieca ama al Cid humanamente, el Cid ama a Babieca caballunamente.

Son inseparables. El principio de la dinámica universal se ha sintetizado en ambos.

Babieca al lado del Cid se olvida del mundo, de sus pompas y su avena, y lanza heroicos relinchos de plenitud.

Escarba el suelo, nervioso, pronto; agita los ijares en olas internas. Siente bajo sus plantas el cosquilleo del pedestal, roza sus flancos la pluma del poema.

Plantado sobre sus cuatro patas, hierve de decisiones y domina sus nervios con una paciencia de santo. Nada rompe la armonía de su ser.

Este magnífico potro árabe convertido al cristianismo es el resumen de las fuerzas secretas de la naturaleza, de las ciegas leyes físicas.

Su cuerpo es un templo.

Un templo a su raza; y tiene adentro más soldados que el caballo de Troya.

El solo vale muchos ejércitos.

Babieca, nada te importe no tener templo, ni honores de senador. Ríete de Calígula. Tú mismo eres tu propio templo y aquí tienes este retrato que yo hago de ti con amor y admiración. Tú sabes que este retrato vale más que honores parlamentarios.

A cualquier poeta Babieca le haría volar más alto que Pegaso.

Babieca oye y piafa. Está contento de mí. Gracias, Babieca.

Allá en la más alta arista de la fábula, Babieca patea, se para en dos patas para morder una estrella, levanta la cola y se pee sobre la historia, orina largos versos dorados y de un salto se echa al galope al otro lado del mundo, lanzando con sus cascos ardientes puñados de rubíes a sus idólatras.

"Estoy monstruosamente solo. ¿A qué grado de insensibilidad he llegado para tener el alma tan vacía de remordimientos?" Y dijo en voz tan baja que la habitación se llenó de un sordo cuchicheo de caracol marino:

—No me importa nada. Dios se aburre igual que el Diablo.

Le causó alegría el pensamiento: Dios se aburre igual que el Diablo. El uno arriba y el otro abajo, bostezan lúgubrementemente de la misma manera. Erdosain, estirado en la cama, con las manos en asa bajo la nuca, entreabrió ligeramente los ojos, sin dejar de sonreír infantilmente. Estaba contento de su ocurrencia. Mirando un vértice del cielo raso, frunció el ceño. Luego, vertiginosa, una chapa de amargura, perpendicular a su corazón, le partió la alegría, hizo fuerza tangencialmente a sus costillas, y, como la proa que desplaza océano, expulsó más allá de su nuca la pequeña felicidad, y entonces contempló tristemente el crepúsculo que entraba por los vidrios de la puerta.

Y sin darse cuenta que repetía las mismas palabras de Victor Antía cuando recibió el balazo en el pecho frente al chalet de Emborg, Erdosain murmuró fieramente:

—Me han jodido. No seré nunca feliz. Y esa perra también se ha ido. ¡Qué ocurrencia la mía, hablarle a una prostituta, de la rosa de cobre!

Y apretó los dientes al recordar el semblante de la pecosa, cuyo cabello rojo, partido en dos bandos, le cubría la punta de las orejas.

Trató de engañarse a sí mismo y dijo:

—Bueno, me haré siete trajes.

Fue inútil que con esas palabras tratara de detener el desmoronamiento de su espíritu.

—Y me compraré cincuenta corbatas y diez pares de zapatos, aunque hubiera sido mejor que la matara esa noche. Sí, debí matarla esa noche.

Y como el paquete de dinero le molestaba se puso a contarlos. Luego se dio cuenta de que no había tomado ni la precaución de cerrar la puerta.

Por allí entraba una cenicienta claridad crepuscular, semejante a las luces del acuario en las que flotan, con torpes buzoneos, peces cortos de vista. Erdosain, sentado a la orilla de la cama, apoyó la mejilla en la palma de la mano. Al levantar los párpados, detuvo los ojos en el cromo de un almanaque que lo seducía con su titánica policromía.

Una ciclópea viga de acero doble T, suspendida de una cadena negra entre cielo y tierra. Atrás, un crepúsculo morado, caído en una profundidad de fábricas, entre obeliscos, de chimeneas y angulares brazos de guinches. La vida nuevamente gime en Erdosain. A momentos entorna con somnolencia los ojos, se siente tan sensible que, como si se hubiera desdoblado, percibe su cuerpo sentado, recortando la soledad del cuarto, cuyos rincones van oscureciendo grises tonos de agua.

(Salen. Por la claridad de la izquierda aparece la Luna. La Luna es un leñador joven, con la cara blanca. La escena adquiere un vivo resplandor azul.)

Luna:

Cisne redondo en el río,
ojo de las catedrales,
alba fingida en las hojas
soy; ¡no podrán escaparse!
¿Quién se oculta? ¿Quién solloza
por la maleza del valle?
La luna deja un cuchillo
abandonado en el aire,
que siendo acecho de plomo
quiere ser dolor de sangre.
¡Dejadme entrar! ¡Vengo helada
por paredes y cristales!
¡Abrid tejados y pechos
donde pueda calentarme!
¡Tengo frío! Mis cenizas
de soñolientos metales
buscan la cresta del fuego
por los montes y las calles.
Pero me lleva la nieve
sobre su espalda de jaspe,
y me anega, dura y fría,
el agua de los estanques.
Pues esta noche tendrán
mis mejillas roja sangre,
y los juncos agrupados
en los anchos pies del aire.
¡No haya sombra ni emboscada.
que no puedan escaparse!
¡Que quiero entrar en un pecho
para poder calentarme!
¡Un corazón para mí!
¡Caliente!, que se derrame
por los montes de mi pecho;
dejadme entrar, ¡ay, dejadme!
(A las ramas.)

No quiero sombras. Mis rayos
han de entrar en todas partes,
y haya en los troncos oscuros
un rumor de claridades,
para que esta noche tengan
mis mejillas dulce sangre,
y los juncos agrupados
en los anchos pies del aire.
¿Quién se oculta? ¡Afuera digo!
¡No! ¡No podrán escaparse!
Yo haré lucir al caballo
una fiebre de diamante.

(Desaparece entre los troncos y vuelve la escena a su luz oscura. Sale una anciana totalmente cubierta por tenues paños verdeoscuros. Lleva los pies descalzos. Apenas si se le verá el rostro entre los pliegues. Este personaje no figura en el reparto.)

Madrigal

Palabra, dulce y triste persona pequeñita,
dulce y triste querida vieja, yo te acaricio,
anciano como tú, con la lengua marchita,
y con vejez y amor aclamo nuestro vicio.
Palabra, me acompañas, me das la mano, eres
maroma en la cintura cada vez que me hundo;
cuando te llamo veo que vienes, que me quieres,
que intentas construirme un mundo en este mundo.
Hormiguita, me sirvo de ti para vivir;
sin ti, mi vida yo no sé lo que sería,
algo como un sonido que no se puede oír
o una caja de fósforos quemada y vacía.
Eres una cerilla para mí, como ésa
que enciendo por la noche y con la luz que vierte
alcanzo a ir a la cama viendo un poco, como ésa;
sin ti, sería tan duro llegar hasta la muerte.
Pero te tengo, y cruzo contigo el dormitorio
desde la puerta niña hasta la cama anciana;
y, así, tiene algo de pálpito mi puro velatorio
y mi noche algo tiene de tarde y de mañana.
Gracias sean para ti, gracias sean, mi hormiga,
ahora que a la mitad de la alcoba va el río.
Después, el mar; tú y yo ahogando la fatiga,
alcanzando abrazados la fama del vacío.

Félix Grande, *Las Piedras*, 1964

¿ES QUE ZARAH LEANDER CANTÓ VIEJAS MELODÍAS
EN GUARANÍ?

5 Últimas horas vividas en Rotterdam y me pregunto cómo hay
gente en el mundo que pueda concebir la existencia de una ciudad
llamada Rotterdam, que alguien nacido en otro lugar incon-
cebible llamado Montevideo haya decidido por propia voluntad
venir a vivir a Rotterdam. Ese hombre oscilante entre dos inexis-
tencias soy yo.

10 Admito que decir vivir es una fórmula exagerada, yo vine a esta
ciudad a esperar la llegada de la muerte, tender los puentes fi-
nales entre el recuerdo y el olvido. Yo, que tuve casi todo lo que
pude desear, organicé el ocaso que me rodea habitando un enorme
apartamento burgués y junto a dos personas que me cuidan
porque las puedo pagar. La decisión de Rotterdam responde a que
15 existe en la ciudad algo que siento mío sin pertenecerme, elegí
Rotterdam, aunque parezca inadecuado en los tiempos que corren
y que yo mismo contribuí a promover, para estar cerca de una pin-
tura que amo, que me tiene prisionero y ayuda a esperar el final
con cierta filosofía. Se trata de la pequeña construcción de la to-
20 rre de Babel de Bruegel el viejo.

25 Todas las mañanas vengo al Museum Boymanns-van Beunin-
gen y paso por lo menos dos horas contemplando la obra, con
idéntica devoción de alguien que va a la iglesia a rezar a la Virgen,
como quien mira la insensata continuidad del mundo desde la ter-
raza de un café vienés, como aquellos que no conciben haber vi-
vido un día sin una audición de *La muerte y la niña*. Es una forma
de observación que se adecua a mi espíritu y me sienta bien, me
acongoja hasta la fascinación ese desastre inspirado entre las in-
tenciones divinas, los planes imperfectos del Supremo y la súbita
confusión de los lenguajes en la historia del rey Mimrod, la idea

de que ese preludio rojo de brasa de fogón será mi invierno hecho
de palabras desencontradas. Acercarse demasiado a la divinidad
termina en un cacareo de gallinero cuando se escucha, sobre el te-
cho de zinc, el avance decidido de la comadreja hambrienta.

Hace cinco años que persisto en esta rutina y sé que moriré sin
haber penetrado el secreto de la pintura. Es la conciencia de que-
darme detenido frente al barranco de la ignorancia absoluta lo que
otorga un incierto sentido a mi actividad cotidiana. Yo me distanco
del mundo y me adentro en la vida, lo que puede resultar paradójal
para un hombre que aguarda sin temores su muerte. Algunas ma-
ñanas mi espíritu se embala por las circunvalaciones existentes en
el cuadro, me identifico con uno de los esclavos ensimismados en
su agotadora tarea, puedo ser un marinero curioso observando la
insensatez que crece desde los velámenes desplegados a distancia
prudente de la costa, tal vez un ángel resentido u oculto en el in-
terior de la nube negra que declara la altura, incluso un clérigo
untuoso de mirra que, imbuido de falsa humildad, marcha en pro-
cesión porque anhela reivindicar que de él será primero el reino
de los cielos. Por unas horas cada mañana logro olvidarme de la
historia, del presente del universo y luego del viaje imprescindible
al laberinto de los sonidos guturales, puedo regresar a las miserias
cotidianas con distancia de cínico, de estoico, con una sabiduría
del desprendimiento que faltó a lo largo de mi vida. Retorno que
hago en discreción y silencio.

Juan Carlos MONDRAGÓN, El misterio Horacio Q., 2004

1 mismo? [¿Y te los ha escrito allí

CARMELA. Allí mismo. Con un lápiz... Estaba en la cola, muy serio, algo borroso ya... Bien trajeado...; con agujeros, claro... Pero se le veía un señor...

5 PAULINO. Era un señor, sí... Y un poetazo. Yo me sé una poesía suya muy fuerte. Es aquella que empieza:

Y yo me la llevé al río¹⁵,
creyendo que era mozueta,
pero tenía marido...

10

CARMELA. Sí, yo también la conozco... Del «Romancero flamenco», ¿verdad?

PAULINO. No, flamenco, no: gitano. El «Romancero gitano».

15 CARMELA. Eso. Muy bonita, sí... Pues allí estaba él, ya te digo, mirando el suelo, muy serio, y yo voy y le digo...

PAULINO. ¿Había hormigas?

CARMELA. ¿Dónde?

PAULINO. En el suelo, allí donde él miraba...

20 CARMELA. ¿Y yo qué sé? Para fijarme en eso estaba yo...

PAULINO. Sí, claro... Lo decía por... Pero sigue, sigue...

CARMELA. Conque le digo: «Usted no es de por aquí, ¿verdad?»... Porque yo le notaba un no sé qué... Y él va y me contesta: «Pues usted tampoco, paisana.» Y ahí nos tienes a los dos, hablando de Granada... Y resulta que conocía a la Carucas, una prima hermana de la hija del primer marido de mi abuela Mamanina, que había estado sirviendo en su casa...

25 PAULINO. Ya ves tú, qué pequeño es el mundo...

CARMELA. Eso mismo le dije yo, y él me contestó: «Muy pequeño, Carmela, muy pequeño... Pero ya crecerá.»

PAULINO. ¿Eso te dijo?

CARMELA. Sí.

PAULINO. ¿Ya crecerá?

35 CARMELA. Sí.

PAULINO. Qué cosas... Ya crecerá...

CARMELA. Y en esas que se acerca el cura de Belchite, que casi no se aguantaba derecho de lo blandorro que estaba.

40 PAULINO. ¿Por qué, blandorro?

CARMELA. No sé muy bien... Se ve que lo echaron del campanario abajo...

PAULINO. Pobre hombre...

CARMELA. Ya lo puedes decir, ya... Si vieras cómo sudaba.

PAULINO. ¿Sudar? ¿Con este frío? 45

CARMELA. Del apuro que estaba pasando. Porque la gente ya se está empezando a cabrear.

PAULINO. ¿Por qué?

CARMELA. Porque no dan la cara.

PAULINO. ¿Quién no da la cara? 50

CARMELA. Nadie: ni Dios, ni la Virgen, ni la palomica...

PAULINO. ¿Qué palomica?

CARMELA. La que vive con ellos.

PAULINO. ¿Te refieres al Espíritu Santo? 55

CARMELA. Ése, sí. Pues ni el Espíritu ni nadie.

PAULINO. Pero, mujer... Dios y la Virgen no van a ir por ahí, atendiendo a todos.

CARMELA. Bueno, vale... Pero, por lo menos, no sé: los ángeles, los santos... 60

PAULINO. En eso tienes razón.

CARMELA. San Pedro, por ejemplo... ¿dónde está San Pedro?

PAULINO. ¿A mí qué me preguntas?

CARMELA. Y, claro, pues todo va manga por hombro. 65

PAULINO. No hay derecho...

CARMELA. Había una mujer, muy enfadada, que no paraba de llamar a Santa Engracia... «Pero, bueno, decía, ¿dónde está Santa Engracia, a ver? Me he pasado la vida rezándole y poniéndole velas cada viernes... Más de doscientos duros en velas le habré puesto. Y ahora, ¿qué? ¿Dónde coño está Santa Engracia?»... Y allí no aparecía ni Santa Engracia ni nadie. 70

PAULINO. Pobre mujer: doscientos duros y, ya ves...

CARMELA. Tirados a la calle... Y claro, pues el cura todo era dar disculpas, y que si tengan paciencia, que si enseguida vendrá alguien... Pero, ¡ca! Allí nadie... 75

Zaguán en el Ministerio de la Gobernación. Estantería con legajos. Bancos al filo de la pared. Mesa con carpetas de badana mugrienta. Aire de cueva y olor frío de tabaco rancio. Guardias soñolientos. Policías de la Secreta. Hongos, garrotos, cuellos de celuloide, grandes sortijas, lunares rizosos y flamencos: Hay un viejo chabacano -bisoñé y manguitos de percalina-, que escribe, y un pollo chulapón de peinado reluciente, con brisas de perfumería, que se pasea y dicta humeando un veguero. DON SERAFÍN, le dicen sus obligados, y la voz de la calle, SERAFÍN EL BONITO. Leve tumulto. Dando voces, la cabeza desnuda, humorista y lunático, irrumpe MAX ESTRELLA: DON LATINO le guía por la manga, implorante y suspirante. Detrás asoman los cascos de los Guardias. Y en el corredor se agrupan, bajo la luz de una candileja, pipas, chalinas y melenas del modernismo.

MAX: ¡Traigo detenida una pareja de guindillas! Estaban emborrachándose en una tasca y los hice salir a darme escolta.

SERAFÍN EL BONITO: Corrección, señor mío.

MAX: No faltó a ella, señor Delegado.

SERAFÍN EL BONITO: Inspector.

MAX: Todo es uno y lo mismo.

SERAFÍN EL BONITO: ¿Cómo se llama usted?

MAX: Mi nombre es Máximo Estrella. Mi seudónimo, Mala Estrella. Tengo el honor de no ser Académico.

SERAFÍN EL BONITO: Está usted propasándose. Guardias, ¿por qué viene detenido?

UN GUARDIA: Por escándalo en la vía pública y gritos internacionales. ¡Está algo briago!

SERAFÍN EL BONITO: ¿Su profesión?

MAX: Cesante.

SERAFÍN EL BONITO: ¿En qué oficina ha servido usted?

MAX: En ninguna.

SERAFÍN EL BONITO: ¿No ha dicho usted que cesante?

MAX: Cesante de hombre libre y pájaro cantor. ¿No me veo vejado, vilipendiado, encarcelado, cacheado e interrogado?

SERAFÍN EL BONITO: ¿Dónde vive usted?

MAX: Bastardillos. Esquina a San Cosme. Palacio.

UN GUINDILLA: Diga usted casa de vecinos. Mi señora, cuando aún no lo era, habitó un sotabanco de esa susodicha finca.

MAX: Donde yo vivo, siempre es un palacio.

EL GUINDILLA: No lo sabía.

MAX: Porque tú, gusano burocrático, no sabes nada. ¡Ni soñar!

SERAFÍN EL BONITO: ¡Queda usted detenido!

MAX: ¡Bueno! ¿Latino, hay algún banco donde pueda echarme a dormir?

SERAFÍN EL BONITO: Aquí no se viene a dormir.

MAX: ¡Pues yo tengo sueño!

SERAFÍN EL BONITO: ¡Está usted desacatando mi autoridad! ¿Sabe usted quién soy yo?

MAX: ¡Serafín el Bonito!

SERAFÍN EL BONITO: ¡Como usted repita esa gracia, de una bofetada, le doblo!

MAX: ¡Ya se guardará usted del intento! ¡Soy el primer poeta de España! ¡Tengo influencia en todos los periódicos! ¡Conozco al Ministro! ¡Hemos sido compañeros!

SERAFÍN EL BONITO: El Señor Ministro no es un golfo.

MAX: Usted desconoce la Historia Moderna.

Ramón del Valle Inclán, *Luces de Bohemia*, 1924, escena V,